

La forja del dolor

Paola Binetti

Hace muy poco el actual Prelado del Opus Dei, el Obispo Javier Echevarría, ha empezado uno de sus itinerarios de vida cristiana recordando las palabras del Señor: «El que no carga con su cruz y viene detrás de mí, no puede ser mi discípulo». Su intención era muy clara: quería expresar «sin medias tintas que el cristiano ha de estar dispuesto a gastar su propia vida con la misma disposición de entrega de Jesús, es decir, a amar la existencia concreta que Dios quiera para él, con las dificultades y los malos tragos que pueda traer consigo. Y en consecuencia, que ha de estar dispuesto a asumir con sentido sobrenatural el dolor, los sufrimientos, la enfermedad y, en último término, la muerte, porque todo esto va inseparablemente unido a la condición humana sobre la tierra»¹.

J. Echevarría tuvo la suerte, como él mismo dice, de contar con un guía excepcional: el Beato Josemaría Escrivá. Los largos años que vivió junto a él y la meditación asidua de sus consejos y de sus escritos han marcado profundamente su alma, y está «firmemente convencido de que su enseñanza contiene grandes luces e impulsos para el mejoramiento de la vida cristiana en nuestro tiempo, y siempre»². «No cedáis a la tentación de considerar el dolor como una experiencia sólo negativa, hasta el punto de dudar de la bondad de Dios. En Cristo todo enfermo encuentra el significado de sus propios padecimientos. El sufrimiento y la enfermedad pertenecen a la condición del hombre, criatura frágil y limitada, marcada desde el nacimiento por el pecado original. Sin embargo en Cristo, muerto y resucitado, la humanidad descubre una nueva dimensión de su sufrimiento: en lugar de como un fracaso, éste se le revela como la ocasión para dar un testimonio de fe y de amor»³.

A pesar de que los términos dolor y sufrimiento no son sinónimos, en esta exposición los utilizaré indistintamente, teniendo en cuenta que el sufrimiento está

¹ J. ECHEVARRÍA, *Itinerarios de vida cristiana*, Barcelona 2001, p. 165.

² *Ibidem*, pp. 7-8.

³ JUAN PABLO II, *Mensaje para la jornada mundial del enfermo*, Fatima 1997.

relacionado con toda la persona: además de la condición física se conecta con otros factores como son la personalidad, la actitud ante las dificultades de la vida, el tono espiritual del sujeto, etc. Y es algo que afecta no sólo a la persona que lo padece sino también a su entorno, a su familia, a quienes le acompañan. El dolor y el sufrimiento están presentes en toda vida humana; por este motivo, los hombres han buscado siempre una respuesta a la pregunta sobre su sentido, sabiendo que el dolor puede conducir tanto al egoísmo como a la generosidad, al mayor conocimiento de las limitaciones existenciales como de las posibilidades espirituales.

Frente al dolor el hombre oscila entre dos comportamientos contrastantes: por un lado, se siente víctima y cuestiona su significado; por el otro, se siente culpable y lo vive como un castigo. La relación que existe entre sufrimiento y culpa es muy antigua⁴ y pone al hombre en contacto con Dios, acercándolo o alejándolo de Él⁵. El magisterio de Juan Pablo II invita a superar este dilema, trazando un itinerario de fe que pasa a través del dolor —etapa obligatoria— y termina en la contemplación del amor omnipotente de Dios⁶. En esta misma lógica sobrenatural, el Fundador del Opus Dei, Josemaría Escrivá⁷, invita a ver el valor positivo del dolor para situarlo en su justa perspectiva y subraya que la vida del cristiano no termina en el encuentro con el dolor, sino en la posibilidad de contemplar a Dios cara a cara: «Esta lucha del hijo de Dios no va unida a tristes renunciaciones, a oscuras resignaciones, a privaciones de alegría: es la reacción del enamorado, que mientras trabaja y mientras descansa, mientras goza y mientras padece, pone su pensamiento en la persona amada, y por ella se enfrenta gustosamente con los diferentes problemas»⁸.

1. EL SUFRIMIENTO EN EL PROCESO DE FORMACIÓN DE LA PERSONALIDAD: MADUREZ PERSONAL Y COHERENCIA CON LOS PROPIOS IDEALES.

Para formar a una persona es imprescindible estar dispuesto a sufrir y a hacer sufrir si se le quiere ayudar a alcanzar el fin específico de toda tarea educativa: adquirir madurez personal y coherencia con sus propios ideales, para ser realmente feliz. La responsabilidad de aquellos que están comprometidos bajo

⁴ C.S. LEWIS C. S., *El problema del dolor*, Madrid 1994, p. 93.

⁵ Cfr. JUAN PABLO II, Carta Ap. *Salvifici doloris*, 9.

⁶ Cfr. *Salvifici doloris*, 14.

⁷ Cfr. P. BERGLAR, *Opus Dei. La vita e l'opera del fondatore Josemaría Escrivá*, Milano 1993, p. 284.

⁸ *Amigos de Dios*, 219.

distintos aspectos en el campo de la educación, pone en evidencia la necesidad de crear, en primer lugar, una relación de afecto y de confianza con las personas de las cuales se ocupan, porque sólo en este clima es posible motivar y corregir sin herir. Cariño y fortaleza eran las dos cualidades que el Beato Josemaría, en su honda experiencia personal de formador, sugería a padres y profesores para tratar a los chicos.

A los padres que quisieran evitar a sus hijos el encuentro con el sufrimiento en sus múltiples manifestaciones⁹, les recuerda que sólo en la recíproca donación «[...] toda la vida se llena de una bendita locura, que hace encontrar felicidad donde la lógica humana no ve más que negación, sufrimiento, dolor»¹⁰. En su sabiduría pedagógica, el Beato Josemaría tuvo presente —como sucedió varias veces— que detrás del deseo de no hacer sufrir a los hijos se oculta el de huir del propio dolor: «Se esconde una gran comodidad —y a veces una gran falta de responsabilidad— en quienes, constituidos en autoridad, huyen del dolor de corregir, con la excusa de evitar el sufrimiento a otros»¹¹.

Por otra parte, el sufrimiento es un ingrediente irrenunciable en cada proyecto educativo serio que exige al educador una justa dosis de comprensión y de fortaleza: «La práctica de la corrección fraterna —que tiene entraña evangélica— es una prueba de sobrenatural cariño y de confianza. Agradécela cuando la recibas, y no dejes de practicarla con quienes convives»¹². Y luego añade: «Al corregir, porque resulta necesario y se quiere cumplir con el deber, hay que contar con el dolor ajeno y con el dolor propio. Pero que esa realidad no te sirva nunca de excusa, para inhibirte»¹³. Antes había precisado: «Por eso, cuando hayas de corregir, hazlo con caridad, en el momento oportuno, sin humillar [...], y con ánimo de aprender y de mejorar tú mismo en lo que corrijas»¹⁴.

El conocimiento de los propios límites y la experiencia concreta de la necesidad del otro representan, en el plano educativo, uno de los elementos más eficaces para la creación de relaciones de colaboración y de participación. El dolor no puede ser evitado, pero seguramente se atenúa si se comparte. Por este motivo, es necesario enseñar y aprender a acompañar a los demás en todas las diferentes formas de dolor que se experimentan en el arco de la propia vida y, cosa aún más difícil, aprender a dejarse acompañar por el otro cuando uno se encuentra cara a cara con el propio sufrimiento, evitando encerrarse en sí

⁹ Cfr. *Es Cristo que pasa*, 47.

¹⁰ *Surco*, 2.

¹¹ *Forja*, 577.

¹² *Ibidem*, 566.

¹³ *Ibidem*, 567.

¹⁴ *Ibidem*, 455.

mismo. Mi dolor y el dolor del otro pueden ayudarnos a evitar el riesgo del individualismo y favorecer la disposición a una relación de mutuo cuidado —que evidencia las mejores cualidades del hombre—, porque pone de relieve la capacidad de amar. «Es un tesoro grande y maravilloso este amor fraternal, que no se queda sólo en un consuelo —necesario muchas veces—, sino que transmite la seguridad de tener a Dios cerca, y se manifiesta por la caridad de los que nos rodean y con los que nos rodean [...]»¹⁵.

Educar al dolor y por medio del dolor significa aprender a reconocer su sentido, no en abstracto sino en lo concreto de la vida cotidiana. Las respuestas genéricas son insuficientes para enfrentar el impacto con el dolor. Cuando éste aparece en nuestra vida, no permite ningún tipo de huida en el anonimato de una reacción exclusivamente intelectual, aunque a veces permite una escapatoria transitoria en la distracción o en la evasión. La principal particularidad del dolor humano es aquella de proponer constantemente el frecuente interrogativo existencial: «¿por qué, por qué a mí, por qué ahora [...]?»¹⁶.

Con la experiencia del dolor, aprendemos a ser más atentos con los demás; se puede decir que el dolor constituye el punto discriminante entre un desarrollo maduro y equilibrado de la personalidad, y una personalidad encerrada en sí misma. En este sentido, la familia se presenta como el contexto más adecuado, en el que nadie está solo, —porque la familia subsiste sólo en la medida en la cual es capaz de tejer día a día su red de relaciones, ricas en calor humano, fuertes y flexibles al mismo tiempo—, para asegurar a cada uno toda la ayuda que necesita en las distintas etapas de la vida, sobre todo cuando el dolor y el sufrimiento se hacen presentes.

Cualquier dolor se hace soportable cuando se tiene la certidumbre de no estar solo para enfrentarlo. El Beato Josemaría Escrivá, tan amado por su familia, supo sacar de este amor la fuerza necesaria para enfrentar muchas contradicciones humanas y para encontrar el sentido del dolor que está en el amor. La experiencia directa de una familia tan unida, dispuesta a cualquier sacrificio para sostener a sus miembros, representó para el Fundador del Opus Dei, desde su infancia, una imagen eficaz del clima humano de la Familia de Nazaret e hizo brotar en él una devoción mariana llena de confianza y de ternura. «No estás solo. —Ni tú ni yo podemos encontrarnos solos. Y menos, si vamos a Jesús por María, pues es una Madre que nunca nos abandonará»¹⁷. Es difícil establecer hasta qué punto el Beato Josemaría le deba a su madre el amor hacia la Virgen, y a su hermana Carmen, el sentido de fraternidad que ha tratado de inculcar en todos sus hijos.

¹⁵ *Forja*, 940.

¹⁶ *Salvifici doloris*, 9.

¹⁷ *Forja*, 249.

La doble escuela del dolor y del amor nos permite obtener un conocimiento personal, profundo y articulado, capaz de alcanzar también los aspectos de nuestra personalidad que no nos gustan y que tratamos de negar. Podemos reconocer el mal cometido precisamente porque podemos expiarlo, reparando con seriedad y confianza las consecuencias de las acciones objetiva y subjetivamente no correctas. «Chocas con el carácter de aquél o del otro [...] Necesariamente ha de ser así: no eres moneda de cinco duros que a todos gusta. Además, sin esos choques que se producen al tratar al prójimo, ¿cómo irías perdiendo las puntas, aristas y salientes —imperfecciones, defectos— de tu genio para adquirir la forma reglada, bruñida y reciamente suave de la caridad, de la perfección? [...]»¹⁸. Cuando el hombre entra en la lógica del que desea hacer penitencia para reparar sus errores, sabe que no está solo, porque cuenta con el perdón de Dios. Sólo de este modo, el hombre se puede aceptar plenamente: en la intimidad de su relación con Dios.

Otro lugar en el que el hombre encuentra a menudo dolor y sufrimiento es su trabajo. El trabajo tiene un valor esencial para el hombre, que puede ver en su propia realización profesional tanto una fuente de satisfacción como una fuente de frustración, de modo tal, que a menudo se convierte en el escenario en que se inscriben triunfos y fracasos, alegrías y sufrimientos. En la capacitación profesional es importante adquirir, además de la competencia específica, una serie de *life skills* que permitan afrontar el trabajo con constancia, con espíritu de servicio, poniendo atención en aquellos detalles —muchas veces invisibles— que revelan la calidad real de aquello que estamos haciendo. «Insisto: en la sencillez de tu labor ordinaria, en los detalles monótonos de cada día, has de descubrir el secreto —para tantos escondido— de la grandeza y de la novedad: el Amor»¹⁹.

El trabajo es el ámbito privilegiado donde realizar los propios talentos e ideales y donde éstos se ponen en juego; precisamente porque en este contexto el hombre está expuesto a fuertes desilusiones que pueden influenciarlo, poniendo en peligro la imagen de sí mismo: desde la salud física, que se encamina hacia un rápido deterioro, a la red de relaciones personales que pueden hacer perder confianza y generosidad. Si no se acepta el sufrimiento, es difícil mantenerse fieles a los propios ideales en el trabajo. No se trata sólo del sufrimiento provocado por el cansancio, de la dificultad intrínseca del deber asignado, de la lentitud con que muchas veces llegan los frutos de la propia labor. El sufrimiento del cual se habla aquí, es el derivado de la presunción, la pereza y el oportunismo que muchas personas introducen día tras día en el ambiente del propio

¹⁸ *Camino*, 20.

¹⁹ *Surco*, 489.

trabajo y con el cual es necesario aprender a convivir, no con una aceptación pasiva ni una agresividad estéril, sino tratando de mantener vivos los propios ideales porque se es capaz de reconocer el sentido salvífico de este modo de manifestarse del dolor y del sufrimiento: «No me seas “teórico”: han de ser nuestras vidas, cada jornada, las que conviertan esos ideales grandiosos en una realidad cotidiana, heroica y fecunda»²⁰.

La grandeza de la vida corriente —con sus luces y sus sombras—, representa el punto de referencia que cada uno de nosotros debe considerar, sin limitarse a estériles afirmaciones teóricas, que muchas veces esconden el miedo a enfrentarse con la realidad, con sus dificultades y sus asperezas. Es propio del hombre tener ideales y dirigir su vida hacia su realización: la vida de un hombre adquiere más valor en cuanto más valen los ideales a los que aspira y la lucha concreta que haya puesto en juego para realizarlos. No se puede olvidar que «Ningún ideal se hace realidad sin sacrificio. —Niégate— ¡Es tan hermoso ser víctima!»²¹. En este esfuerzo por traducir los propios ideales en realidad concreta, el Beato Josemaría recuerda que el hombre debe buscar libremente aquel tipo de sufrimiento que le ayudará a forjar su carácter y a adquirir las virtudes necesarias para alcanzar sus metas²². Luchando por sus ideales, el hombre experimenta sus propias debilidades y comprende al mismo tiempo la necesidad de ser magnánimo con los demás y el valor del espíritu de reparación para seguir siendo fiel a sí mismo. «[...] Debéis comprender ahora —con una nueva claridad— que Dios os llama a servirle en y desde las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo, Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir [...] No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca. Por eso puedo deciros que necesita nuestra época devolver —a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares— su noble y original sentido, ponerlas al servicio del Reino de Dios, espiritualizarlas, haciendo de ellas medio y ocasión de nuestro encuentro continuo con Jesucristo»²³.

²⁰ *Surco*, 949.

²¹ *Camino*, 175.

²² Cfr. *Surco*, 980.

²³ *Conversaciones*, 114.

2. ENCUENTRO PERSONAL CON LA ENFERMEDAD Y CON LA MUERTE

Antes que ser un concepto para analizar teóricamente, la muerte es una experiencia por vivir; de lo contrario, el hombre no puede entender su significado más profundo y escondido, aquel que le permite experimentar la fragilidad intrínseca de su ser²⁴. Este conocimiento intuitivo del límite intrínseco de nuestra existencia, sumergido en el contexto emotivo de la ansiedad, del temor y, en muchas ocasiones, de una verdadera angustia, lleva a evadir la idea de la muerte, pero es necesario aprender a pensar en ella para llegar a comprenderla²⁵. Esto requiere un espacio interior reflexivo, con fácil acceso al mundo de los valores y de los significados, de modo que pueda contener la angustia más fuerte y penetrante que el hombre puede experimentar: la falta de sentido. En esta perspectiva, la muerte puede considerarse la mayor expresión de crisis e incertidumbre de la vida, debido a que es su negación. No es casual que antropólogos, sociólogos y psicólogos de las más variadas opiniones sitúen normalmente el tema de la muerte en el ámbito de los estudios sobre los valores y los significados de la vida. En toda cultura, el tema de la muerte está relacionado con el tema de la religión, a la que se le reconoce la capacidad de dar un significado a la vida, especialmente cuando las crisis y las incertidumbres hacen difícil su comprensión. Tanto es así, que toda religión da una explicación de la muerte en términos de esperanza y de certeza, es decir, de vida, como si la muerte misma no la interrumpiera definitivamente, sino que modificara solamente su manera de manifestarse²⁶. «[...] Dominus regit me et nihil mihi deerit [...] ¿Qué puede inquietar a un alma que repita de verdad esas palabras?»²⁷.

El encuentro con la muerte es, para cada uno de nosotros, un momento crítico en el que el pasado —con todas nuestras buenas obras y nuestras miserias, con nuestras penas y sufrimientos—, se une estrechamente a la esperanza de un futuro que encuentra sentido en la misericordia de Dios, en su Amor y su paciencia. Sólo bajo esta perspectiva es posible enfrentar el miedo natural a la muerte: «Un hijo de Dios no tiene ni miedo a la vida, ni miedo a la muerte, porque el fundamento de su vida espiritual es el sentido de la filiación divina: Dios es mi Padre, piensa, y es el Autor de todo bien, es toda la Bondad [...]»²⁸.

²⁴ Cfr. C.E. IZARD - J. KAGAN - R. ZAJONC, *Emotions, cognition and behavior*, Cambridge 1984, pp. 75-88.

²⁵ Cfr. R. BRUNI, *Emozioni, affetti e sentimenti*, in *Persona, Paziente, Cliente*, SEU, Roma 2000, p. 40.

²⁶ Cfr. S. ACQUAVIVA, *L'eclissi del sacro nella civiltà industriale*, Milano 1971³, pp. 45-55.

²⁷ *Camino*, 760.

²⁸ *Forja*, 987.

El enfermo grave, ante la proximidad de su encuentro con Dios, procura que se acerquen a Él también las personas que le rodean, y este encuentro cobra un efecto purificador, dramático y sereno al mismo tiempo. Si se tiene conciencia de ser hijos de Dios, el miedo se atenúa, aún cuando sabemos que la paternidad de Dios alivia, pero no nos evita los dolores ni el sufrimiento, dado que ni siquiera se los evitó a su Hijo predilecto. Sin embargo, por cada dolor o sufrimiento soportados con amor, la virtud de la caridad crece, y crece la calidad del premio que nos espera en el Cielo. «Si el primer gran capítulo del Evangelio del sufrimiento está escrito, a lo largo de las generaciones, por aquellos que sufren persecuciones por Cristo, igualmente se desarrolla a través de la historia otro gran capítulo de este Evangelio. Lo escriben todos los que sufren con Cristo, uniendo los propios sufrimientos humanos a su sufrimiento salvador [...] no sólo el hombre descubre el sentido salvífico del sufrimiento, sino sobre todo en el sufrimiento llega a ser un hombre completamente nuevo. Halla como una nueva dimensión de toda su vida y de su vocación»²⁹.

En la vida del Beato Josemaría, siendo aún niño, la experiencia de la muerte de sus hermanas más pequeñas suscita la certeza de que antes o después él también deberá pasar por ese momento. Y la idea de la muerte no lo abandona, como deja intuir esa conducta —en apariencia de despecho—, que le hace decir, mientras destruye un castillo de naipes hecho por unos niños amigos suyos: «Eso mismo hace Dios con las personas: construye un castillo, y cuando casi está terminado, Dios lo tira»³⁰. La experiencia de la muerte marca a los niños tanto como a los mayores, pero no por ello hay que evitar su referencia, como si fuera un hecho negativo. Hoy en día, los niños tienen frecuentemente una experiencia de la muerte sólo virtual, a través de la televisión, como si fuera un juego del cual es fácil salir sin consecuencias. De esta manera, pierden la posibilidad de comprender cómo muchas de nuestras acciones pueden ser irrevocables y que, por lo tanto, exigen responsabilidad; aquel sentido de responsabilidad que nos hace maduros, confiables, capaces de distinguir entre la cultura de lo efímero y la cultura de los valores.

Es un error típico de nuestro tiempo el tratar de limitar esta experiencia de la muerte que representa quizás el último de los tabúes de nuestro siglo. Es por el contrario, una experiencia de la cual es necesario hablar para encontrar un significado a las muchas pérdidas —que caracterizan nuestra existencia—, y para aprender el modo de enfrentar el luto en la vida cotidiana: se trata de superar la muerte, introduciéndola en lo cotidiano de la vida³¹.

²⁹ *Salvifici doloris*, 26.

³⁰ A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, Madrid 1983, p. 56.

³¹ Cfr. O. CULLMAN, *Immortalità dell'anima o risurrezione dei morti?*, Brescia 1970, pp. 83-95.

Comprender que la muerte pertenece a la vida, ayuda a comprender, a su vez, el valor de los afectos y a encarar las situaciones con la correcta seriedad: «El pensamiento de la muerte te ayudará a cultivar la virtud de la caridad, porque quizá ese instante concreto de convivencia es el último en que coincides con éste o con aquél [...]: ellos o tú, o yo podemos faltar en cualquier momento»³². Pensar en lo fugaz de la vida nos ayuda, por un lado, a atribuir un valor mayor a los hechos, a captar su maravillosa unicidad, y por el otro, a proyectarnos hacia horizontes más amplios: «A los “otros” la muerte les para y sobrecoge. —A nosotros, la muerte —la Vida— nos anima y nos impulsa. Para ellos es el fin: para nosotros, el principio»³³. Nos dice el Beato Josemaría: «No tengas miedo a la muerte. —Acéptala, desde ahora, generosamente [...], cuando Dios quiera [...], como Dios quiera [...], donde Dios quiera. —No lo dudes: vendrá en el tiempo, en el lugar y del modo que más convenga [...], enviada por tu Padre-Dios. —Bienvenida sea nuestra hermana la muerte!»³⁴.

No hay que temer a la muerte, aunque no puede dejar de producirnos una sensación de incertidumbre y desazón. Hay que acompañarla siempre con la idea de la misericordia de Dios y de la certeza de su amor. Separar la muerte del Amor llena al hombre de miedo, mientras que entretener con fuerza estas dos realidades nos ayuda a buscar la intimidad con Dios en cada instante, para tener la valentía de interrogarlo, preguntándole sobre lo más importante de nuestra vida: «¿Lo quieres, Señor?» y contestar luego: «¡Yo también lo quiero!»³⁵.

La muerte y la vida para el Beato Josemaría representan simplemente las etapas de un itinerario más largo que conduce al encuentro personal con Dios Padre, un itinerario difícil, en el que también las alegrías —que, afortunadamente, lo acompañan— tienen raíces en forma de cruz: *in laetitia, nulla dies sine cruce*³⁶. La conciencia de esta realidad le lleva a sostener que sería ingenuo negar la constante presencia del dolor y del descorazonamiento, de la tristeza y de la soledad, durante nuestro camino en la tierra. Con la sabiduría con la que el Fundador del Opus Dei recuerda que no es posible sustraerse del encuentro con el dolor en la gran variedad de formas en las que se puede presentar, está siempre la exhortación a ser valientes y a salir al encuentro de los demás llevándoles un signo concreto del amor de Dios, que los ama a través de nosotros. «Cara a la muerte, sereno! —Así te quiero. —No con el estoicismo frío del pagano; sino con el fer-

³² *Surco*, 895.

³³ *Camino*, 738.

³⁴ *Ibidem*, 739.

³⁵ *Ibidem*, 762.

³⁶ Cfr. *Es Cristo que pasa*, 176-177.

vor del hijo de Dios, que sabe que la vida se muda, no se quita. —¿Morir? [...] ¡Vivir!»³⁷.

Para el Beato Josemaría, el lecho del enfermo es, al mismo tiempo, una cátedra y un trono: un lugar insustituible para aprender y un sitio igualmente precioso para inclinarse ante el misterio del dolor. El sufrimiento del enfermo es mayor cuando el enfermo se siente solo o teme ser un peso para su familia. Es éste un factor importante a tener en cuenta para no caer en la tentación de la eutanasia, que comienza de manera subrepticia precisamente con este abandono, legitimado por una filosofía de vida que primero, empobrece los núcleos familiares y luego, los hace estériles en el plano de los afectos y de la disponibilidad. La batalla contra la eutanasia no se combate sólo desde el punto de vista legal ni con sesiones científicas en un congreso sobre los enfermos terminales. Esta batalla comienza con un doble frente: con la capacidad de amar y de sacrificarse por aquellos que se ama³⁸ y con la capacidad de dar un sentido al dolor.

3. LA CAPACITACIÓN DE LOS MÉDICOS Y DE LOS ENFERMEROS, EN EL PROYECTO UNIVERSITARIO DISEÑADO POR EL BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ: ESTILO PERSONAL Y PROFESIONAL

La fragmentación del saber, el relativismo escéptico de la cultura, un cierto liberalismo sin precisas responsabilidades respecto a los estudiantes y a la misma institución en donde se desarrolla el propio trabajo, han creado un clima particularmente difícil, sobre todo en aquellos ambientes que proponen al hombre como objeto y sujeto de estudio. El Beato Josemaría Escrivá en un discurso académico afirmaba:

«Es necesario que la Universidad forme a los estudiantes en una mentalidad de servicio: servicio a la sociedad, promoviendo el bien común con su trabajo profesional y con su actuación cívica. Los universitarios necesitan ser responsables, tener una sana inquietud por los problemas de los demás y un espíritu generoso que les lleve a enfrentarse con estos problemas y a procurar encontrar la mejor solución. Dar al estudiante todo eso es tarea de la Universidad [...]»³⁹. A una pregunta sobre los fines esenciales de la Universidad, había contestado diciendo: «No basta el deseo de querer trabajar por el bien común; el camino para que este deseo sea eficaz, es formar hombres y mujeres capaces de conseguir una buena preparación, y capaces de dar a los demás el fruto de esa plenitud que

³⁷ *Surco*, 876.

³⁸ Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Evangelium vitae*, 34.

³⁹ *Conversaciones*, 74.

han alcanzado. La religión es la mayor rebelión del hombre que no quiere vivir como una bestia, que no se conforma —que no se aquieta— si no trata y conoce el Creador: el estudio de la religión es una necesidad fundamental. Un hombre que carezca de formación religiosa no está completamente formado. Por eso la religión debe estar presente en la Universidad y ha de enseñarse a un nivel superior, científico[...]»⁴⁰. El paradigma que propuso como base de la Universidad, se construye entorno a dos polos bien definidos: por una parte, la unidad del saber y por la otra, la unidad de vida.

También Juan Pablo II subrayaba esta visión académica en un discurso a los docentes universitarios en el que afirmaba que: «El vínculo entre el Evangelio y el hombre es, desde su cimiento, fuente de cultura porque enseña a amar el hombre con su humanidad y su excepcional dignidad. La síntesis entre cultura y fe no sólo es una exigencia de la cultura sino también de la fe. Una fe que no es al mismo tiempo cultura es una fe no plenamente aceptada, no totalmente pensada y no fielmente vivida»⁴¹.

En las facultades de Medicina, el riesgo del relativismo ético —señalado varias veces por Juan Pablo II como causa de la pérdida del sentido de la dignidad humana— es evidente, sobre todo en la relación médico-paciente; éste último actualmente corre el riesgo de ser absorbido en una suerte de anonimato institucionalizado. La centralidad del paciente para quienes se desempeñan en el ámbito sanitario tiene un innegable valor ético. La experiencia de la enfermedad, poniendo de relieve la necesidad que tenemos los unos de los otros, crea en esta situación de fragilidad, una singular red de comunicación entre los interlocutores profesionales cualificados por una parte, y los familiares y los amigos del enfermo por la otra.

La soledad puede convertir en invivible una enfermedad que no es grave, debido a que pone en evidencia la traición a nuestra humanidad, sobre todo cuando es mayor la necesidad de asistencia. La conciencia de la debilidad personal representa una oportunidad valiosa para reforzar lazos o para crear otros nuevos. La centralidad del enfermo en el entero sistema socio-sanitario es un parámetro con una fuerte significatividad ética.

En el campo de la ética médica, en estos últimos años, se ha pasado de una actitud paternalista, en donde el médico asumía sobre sí mismo la responsabilidad de las decisiones respecto al paciente, a la necesidad de solicitar el consenso de este último después de haberlo informado debidamente sobre las alternativas

⁴⁰ *Conversaciones*, 73

⁴¹ JUAN PABLO II, *Discurso a los representantes del mundo universitario académico y de la investigación*, 3.XI.82.

y las eventuales consecuencias de cada tratamiento. No se trata de caer en aquel tipo de paternalismo que se esconde detrás de una pretendida superioridad de “padre-padrone” y de humillar al paciente imponiéndole decisiones que no comprende totalmente. Por el contrario, es un verdadero ejercicio de aquel sentido de paternidad, que hunde sus raíces en la paternidad de Dios, que después de crear al hombre no deja nunca de cuidarlo, y usa todos los recursos para ayudarlo sin sobrepasar los límites de su libertad.

A pesar de que la medicina haya pasado del antiguo enfoque teúrgico a aquel más científico propio de nuestra cultura, el enfermo continúa poniéndose en manos del médico, porque ve en él un signo concreto de la sabiduría y de la misericordia de Dios, con la esperanza de que Aquel que lo ha creado no lo abandonará en este momento concreto. La actitud “paternalista” del médico no es el fruto de un modo arrogante de colocarse delante del paciente, sino que representa el reflejo de la paternidad que expresa el signo concreto del amor de Dios por los hombres.

El Beato Josemaría, sobre la base de la doble experiencia vivida en su familia y en su relación con Dios, hacía de la paternidad el eje de toda su acción educativa respecto a sus hijos. Una paternidad que lo llevaba a ser tierno y exigente al mismo tiempo, fuerte y delicado en sus discursos, sin perder nunca de vista la integridad de la persona que tenía delante. Por este motivo, recordaba a todos los profesionales que se ocuparan de los enfermos sin olvidar nunca esta dimensión afectiva y efectiva tan profundamente humana. Saber dar a los propios enfermos el sentido de una responsabilidad fundada sobre una paternidad generosa, representaba para él un valor más y no un acto de arrogancia⁴².

Para inculcar en los médicos este fuerte sentido de paternidad, sin caer en un paternalismo equivocado, es necesario estimular en ellos —junto al rigor intelectual— una inteligencia emotiva⁴³, capaz de anticipar las necesidades del otro para encontrar con ímpetu creativo nuevas soluciones. Se trata de una nueva dimensión ética, que define en modo sustancial la profesionalidad y representa un parámetro de referencia importante para relevar la calidad.

Otro aspecto importante en la educación ética tiene su fundamento en la relación entre libertad y verdad, en el sentido obvio aunque olvidado, de que la libertad está en la verdad y se alcanza mediante ella. Sólo la verdad nos hace libres; y sólo con la libertad de quien se hace preguntas no convencionales sobre las razones de los hechos y los eventos que suceden frente a sí, se logra el impul-

⁴² Cfr. M.I.J. EDWARDS - I.R. ALDOUS, *Attitudes to and knowledge about elderly people: a comparative analysis of students of Medicine, English and Computer Science and their teachers*, in «Medical Education», vol. 30 (1996), n. 3.

⁴³ Cfr. D. GOLEMAN, *L'intelligenza emotiva*, Milano 1997, p. 28.

so y el sostenimiento de la búsqueda —siempre en curso y nunca completamente exhaustiva— de la verdad. La posibilidad de elegir en situaciones nuevas y complejas queda, de este modo, fuertemente vinculada a aquello que la curiosidad lleva a buscar y que la razón muestra como verdadero, porque revela su significado mas profundo.

La fundamentación metafísica es importante para describir la dimensión semántica de toda la acción técnico-científica, porque ayuda a estudiantes y estudiosos a ir más allá de la evidencia del dato para llegar a su significado. Solo así, con un fuerte compromiso ético personal, no separado del sufrimiento que puede causar la incomprensión y el egoísmo, se puede superar la posible dicotomía entre las ciencias llamadas positivas y la bioética. «La Universidad sabe que la necesaria objetividad científica rechaza justamente toda la neutralidad ideológica, toda ambigüedad, todo conformismo, toda cobardía: el amor a la verdad compromete la vida y el trabajo entero del científico, y sostiene su temple de honradez ante posibles situaciones incómodas, porque a esa rectitud comprometida no corresponde siempre una imagen favorable en la opinión pública»⁴⁴.

El punto de encuentro está en el saber que la verdad existe, pero su búsqueda nunca tendrá un final porque el hombre, debido a sus límites intrínsecos, no puede poseerla en modo exhaustivo y definitivo. Están en juego contemporáneamente el coraje de la inteligencia y su humildad. «El desarrollo de la ciencia y de la técnica —testimonio espléndido de las capacidades de la inteligencia y de la tenacidad de los hombres—, no exime a la humanidad de plantearse los interrogantes religiosos fundamentales, sino que más bien la estimula a afrontar las luchas más dolorosas y decisivas, como son las del corazón y de la conciencia moral»⁴⁵.

El tema de la muerte representa uno de los puntos cruciales en la actual capacitación del médico, pero el enfoque no puede ser sólo de naturaleza técnico-científica o económico-organizativa, sino que debe recuperar, lo antes posible, la dimensión profundamente humana, abierta a los valores de las relaciones interpersonales, incluidas aquellas con los familiares y con Dios, considerado el interlocutor personal más significativo. Se requiere una renovada capacidad de pensar en la muerte por parte de quienes están expuestos día tras día al contacto con ella, y no de modo especulativo, sino en relación directa con la persona que muere, con su historia personal de alegrías y de dolores. La apertura a la muerte requiere una iniciación que permita al paciente ver su propia vida como un proyecto

⁴⁴ F. PONZ, *La educación y el quehacer educativo*, en AA.VV., *En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, Pamplona 1976, p. 109.

⁴⁵ JUAN PABLO II, Enc. *Veritatis splendor*, 1.

con un fin, propio de quien ha vivido como protagonista de eventos grandes y pequeños, siempre cargados de significado para sí mismo y para los demás. Asistir al enfermo que muere o al anciano cuya vida se apaga, representa una exigencia ética entre las más altas para el personal sanitario, exigencia que no puede ser evadida con la excusa de una genérica falta de tiempo o de la aparente inutilidad del propio quehacer.

La responsabilidad se construye como una relación ética de tipo asimétrico entre la vida y la muerte, que obliga a cuidar del otro y no sólo a curarle. Si es verdad que la muerte es una característica integral de la vida y no su extrínseca y casual ofensa —y como tal es necesaria y digna—, la ética del vivir es la que debe iluminar el tiempo de la muerte. El concepto de vida, y no el de la muerte, es el que en definitiva gobierna la cuestión del derecho a morir con la calidad con que se ha vivido⁴⁶. «La muerte, hijos míos, no es un paso desagradable. La muerte es una puerta que se nos abre al Amor, al Amor con mayúscula, a la felicidad, al descanso, a la alegría. No hay que esperarla con miedo. Realmente un médico la considera desde otros puntos de vista: pero un médico cristiano como tú —yo me he dado cuenta de cómo lo ves, ¡que Dios te bendiga!— debe mirarla de un modo positivo. Y los demás también. No es el final, es el principio. Para un cristiano morir no es morir; es vivir. Vivir con mayúscula. De modo que no tengáis miedo a la muerte. Enfrentaos con la muerte. Dad la cara. Contad con ella; tiene que venir [...] ¿Por qué vas a tener miedo? Esconder la cabeza debajo del ala con miedo, con pánico, ¿por qué? Señor, la muerte es la vida. Señor, la muerte para un cristiano es el descanso, y es el Amor y de ahí no salgo. ¿Era esto lo que tu querías que te dijera?»⁴⁷.

La visión subjetiva de la vida y de la muerte, construida en torno a la experiencia personal, permite recuperar el concepto de asistencia no simplemente como un “hacer” sino como un “estar”: estar cerca del enfermo para ofrecerle todo el apoyo que necesita. «Esa fidelidad delicada, operativa y constante —que es difícil, como difícil es toda aplicación de principios a la mudable realidad de lo contingente— es por eso la mejor defensa de la persona contra la vejez de espíritu, la aridez del corazón y la anquilosis mental»⁴⁸.

⁴⁶ Cfr. M.L. VON FRANZ - L. FREY-ROHN - A. JAFFÉ - L. ZOJA, *Incontri con la morte*, Milano 1984.

⁴⁷ Cfr. G. HERRANZ, *Sin miedo a la vida y sin miedo a la muerte. Palabras de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás a médicos y enfermos*, en AA.VV., *En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, cit., pp. 160-161.

⁴⁸ *Conversaciones*, 1.